



EDITORIAL

Silvia Guerrero de Las Nativas Cuentan

La Gazeta Nativas es el primer ejercicio de experimentación editorial de Las Nativas Cuentan. Un espacio concreto que conecta a las creaciones de los participantes del taller de escritura creativa, *Habitar la palabra*, con la posibilidad del texto impreso, tan en desuso hoy en día.

En este primer número compartimos las voces de participantes de Chile, Colombia y México, y sus experiencias sobre la vida, el amor, la transformación y la muerte, atravesando el miedo a mostrar sus escritos.

Es así como *Habitar la palabra* se vuelve una constante en nuestros días; nos acerca a la práctica de la creación, al debate de los conceptos básicos del hacer y a la ilusión del gestar a partir de los pequeños relatos que se transforman en expresiones creativas que cuentan.

La Gazeta Nativas es una invitación a compartir, imprimir y seguir creando desde el escrito todo aquello que tenemos por contar.

BATUCADA GUARICHA

Andrés Lamus Caballero

Suenan los tambores en el parque piedecuestano, cuya particularidad reside en ser de los pocos coronados por dos grandes iglesias católicas, apostólicas y romanas. *“Para más bendiciones mijita”* decía mi abuela.

Soy guaricha y parcho hasta el amanecer, digo yo, poco me preocupan las bendiciones y solo ruego que el sonido de mi tambor no se vea interrumpido por las campanadas metálicas de la misa de cinco.

“¡Carajo!” Los tambores retumban en las paredes de piedra dictando el compás de mi dolor de cabeza todavía resentida por el guarapo de la noche anterior.



MI PRIMER ENCUENTRO CON LA MUERTE

Verónica Soledad Gareca Rojas

Transcurrían los 5 primeros años de mi vida, Chuquicamata, pequeño mineral ubicado en la zona norte de Chile, yo vivía con mi familia, papá, mamá, 2 hermanos y 1 hermana, hasta ese entonces 1964, porque somos 6 en total. Inicié mis primeros pasos escolares, primero básico, todo nuevo para mí, un poco difícil las primeras semanas, tal vez por el cambio brusco de la casa al colegio.

Con mi familia, frecuentábamos y nos visitábamos con una familia amiga de mis padres, y un tío, hermano mayor de mi papá, que vivía con nosotr@s. En esos tantos encuentros me relacioné con la hija mayor de ell@s, y nos hicimos amigas, yo ocupaba el primer lugar de los hij@s en la mía, por lo que para mí fue una gran sorpresa y alegría encontrarme con ella en el mismo curso.

Nuestra amistad se hizo mayor a esa temprana edad, nos juntábamos los fines de semana, hasta que un día lunes, que yo esperaba con ansias para volver a vernos y continuar con nuestros juegos y encuentros, no llegó, nuestra maestra, en esos años, con mucha tristeza nos contó que nuestra compañera, mejor amiga para mí, había sufrido un accidente y no estaría con nosotras hasta recuperarse en el hospital.

Al volver a casa, mis padres y tío completaron la información contándome que el domingo mi amiga fue a visitar a la virgen de una gruta cercana cerca de su casa, cayendo una vela encendida sobre su vestido, de organza, muy usado en esos años, lo que provocó que se quemara, y quedara internada.

Fue una larga espera su agonía, me llevaban a diario a su casa a preguntar por su salud, hasta que su papá, en una fría noche de invierno, sale y se abraza de mí diciendo *“se nos fue, se nos fue, se nos murió tu amiguita”*.

Lo que siguió a continuación fue su velorio, para el que como su amiga, me nominaron a ser guardia de honor de su féretro blanco, con su pequeño cuerpo envuelto en un manto blanco en su interior, en el que reflejaba una fuerte expresión de dolor.

Fue mi primer encuentro con la muerte, y con el que ahora entiendo, el que me provocó el temor horrible que sentía a encontrarme con ella y a despedir a mis seres queridos, mi negación a aceptar la muerte como tal, durante largo tiempo en mi vida.

AL VAPOR

Andrea Juárez Barranco



Tomé mi termo, medio lleno, medio caliente y salí de casa lo más rápido que podía, me esperaban las ventanas del autobús por los próximos cuarenta minutos de camino. Al salir de casa caminé casi tres cuadras, una de ellas era corta, y la otra muy larga tan larga que parecían dos, aún no amanecía del todo, la calle parecía nocturna se apreciaban poca gente, seguía oscura y el ambiente era casi frío.

Yo caminaba de prisa, con mucha precaución porque era normal encontrar más hombres transitando que mujeres recorriendo la calle y eso me causaba cierta inseguridad, llegué a la mitad de la calle larga y la vi, sentí un gran alivio, ella estaba allí.

El vapor se expandía como si me presentaran a una heroína, y allí estaba ella, con esas bellas mejillas rojas, con esa sonrisa armoniosa procurando transmitir quietud a cada peatón. La mujer que daba consuelo a todas las transeúntes, porque de alguna forma representaba seguridad, su cuerpo grande, seguro, estable, transmitiendo esa seguridad de que nada malo pasaría.

La señora de los tamales, siempre observadora, siempre amable, siempre madrugadora. Esa mañana compre un champurrado para poder beberlo en espera de mi autobús, aquel día ella me preguntó mi nombre, me dijo que era curiosidad porque sabía que prefería el champurrado y que el atole de fresa no era mi favorito, supe entonces que de alguna manera ella me cuidaba.

Durante mi trayecto observe cuántas mujeres al cuidado de otras sin siquiera saberlo están presentes por todas las calles, en cuantas esquinas hay una tamalera. Cuántas mujeres salen de madrugada, valientes, sin saber lo que su presencia a muchas nos representa y nos reconforta, ellas las mujeres del vapor, de ese vapor que consuela en el espacio público.

EL DRAGÓN QUE ME ROBÓ LOS SUEÑOS

Vanessa Villa P

Hace mucho tiempo, en un pueblo muy alejado de la civilización, vivía un hombre joven llamado Henry Matos. Era bibliotecario, pero en su tiempo libre se dedicaba a lo que él llamaba *“el arte de reparar la historia”*. Henry restauraba libros viejos y abandonados que encontraba en la biblioteca o en las calles de su pueblo. Aunque era un hombre solitario, la gente no le temía; por el contrario, veían en él a alguien en quien podían confiar.

Cada martes por la mañana, Henry visitaba a su amiga Clara, quien compartía su amor por los libros. Juntos tenían un club de lectura al que solo ellos dos asistían. Ese martes, Henry llevó café y un libro bajo el brazo. Al llegar, Clara le dijo que tenía algo importante que contarle, pero que primero debía intentar adivinar de qué se trataba. Henry sonrió, sin tener idea de lo que Clara podría estar pensando, y dijo en broma: *“¿Me vas a contar sobre tu sueño loco de ser actriz? ¿Te han hecho alguna propuesta en el teatro?”* Clara sonrió y, aunque no había acertado, le dijo que estaba muy cerca. Luego, confesó su amor y lo besó de repente, dejando a Henry sorprendido y muy feliz.

Días después, Henry decidió pedirle a Clara que se casara con él y se fueran a vivir a la montaña. Clara aceptó felizmente. Mientras caminaban por las calles del pueblo, de repente un dragón emergió de entre las nubes, atacando la comunidad. El dragón dejó el pueblo en llamas y a muchos heridos. Henry dejó a Clara escondida en una esquina para socorrer a las personas necesitadas, sin saber que el dragón volvería, esta vez dirigiéndose al lugar donde Clara se ocultaba. Henry gritó *“¡Noooooo!”* y despertó, dándose cuenta de que todo había sido un sueño convertido en pesadilla.

Al despertar, sintió su cuerpo muy caliente y se dio cuenta de que la verdadera pesadilla apenas comenzaba; su casa estaba en llamas. Entre las llamas, escuchó la voz de Clara llamándolo desde afuera, pidiéndole que saliera y prometiéndole que le diría algo importante si lograba sobrevivir. Henry se levantó de su cama y, con gran esfuerzo, se dirigió a la ventana. Con el calor intenso y el humo denso dificultando su respiración, logró abrir la ventana y saltar, cayendo justo en los brazos de Clara. Ella, cubierta de hollín y quemaduras, pero con una mirada de alivio, lo sostuvo mientras le decía: *“El dragón nos ha quitado la vida, pero no el amor que sentimos el uno por el otro.”*



MIEDOS
Victor Gaytán Quevedo

Unos pasos interrumpieron el silencio de la noche. Era un hombre quien caminaba apurado de regreso a su casa. En su rostro era visible el miedo que tenía: *“No debí quedarme a trabajar horas extra”*, se decía mientras seguía caminando.

Sus ojos bien abiertos escudriñaban con minuciosa atención cada ventana, cada puerta, cada callejón, como esperando encontrarse con alguien... o con algo. Repentinamente escuchó una voz tenebrosa que dijo: *“Disculpe, señor”*.

“Dios mío, ayúdame”, gritó en sus pensamientos al mismo tiempo que giraba la cabeza hacia atrás para descubrir la identidad de la persona que le había dicho eso. Al principio no vio a nadie, pero con su mirada escarbó entre la oscuridad durante algunos instantes. Sabía que esa persona estaba ahí, podía escuchar su respiración. Pero la oscuridad la ocultaba muy bien.

“¿Disculpe?”, preguntó con una voz que temblaba. Por el miedo apenas podía mantenerse de pie. Sus piernas parecían que lo traicionarían y se doblarían dejándolo a la merced de aquel ser que estaba frente a él, aún cubierto por la oscuridad de la noche.

“No puedo morir aquí”, se dijo pensando en su esposa y en su hija. A su esposa Ana la había conocido hacía apenas tres años atrás. En realidad, la conocía desde hace cinco años, pero los primeros dos, solo él sabía de ella. Ella ni siquiera sabía que él existía. En aquel entonces, él trabajaba en una tienda de abarrotes que estaba justo dando la vuelta en aquella esquina de la iglesia. Ana nunca fue cliente de esa tienda, pero siempre todos los domingos pasaba frente a esa tienda cuando iba a la iglesia. Desde el primer momento que la vio, quedó completamente enamorado.

Durante dos largos años, él se contentó con solamente verla pasar. Siempre apurada a las 8:55, para llegar a tiempo a misa de 9. Aunque en realidad, por los pasos pequeños que daba, nunca llegaba a las 9, siempre 5 minutos tarde. Al terminar la misa, él ya la esperaba en la entrada de la tienda. Ella pasaba con sus amigas, riendo y conversando sobre los últimos acontecimientos del pueblo, sobre lo guapo que era el nuevo vecino, o sobre el vestido nuevo que la vecina se había comprado. *“Algún día yo le compraré un vestido más hermoso que ese.”*, se dijo casi como se fuera una promesa.

“Disculpe, ¿quién es Ud? ¿Qué desea?” dijo con voz fuerte, casi por instinto interrumpiendo así sus pensamientos. Pero como respuesta solo recibió un silencio aún más sepulcral... *“¿Quién cuidará de mi hija?”* se preguntó al tiempo que en su mente se reprodujo el sonido de la risa de la pequeña Estelita. De la pequeña Tita como le decía su suegra de cariño. La pequeña Tita era una niña alegre y ocurrente, siempre con una pregunta que hacer. Actitud característica de los pequeños niños que apenas están descubriendo el mundo. Siempre deseando saber el porqué de todo: *papi, ¿por qué llueve?; papi, ¿por qué el cielo es azul?; papi, ¿por qué siempre llegas de noche?; papi, ¿por qué mi abu no te quiere?; papi, ¿por qué a veces el cielo se ve naranja cuando anochece?* Tantas preguntas para una niña muy pequeña, y él sin la respuesta para todas ellas.

De repente recordó un día cuando la pequeña Tita se había levantado muy temprano una mañana con la intención de preparar el desayuno a su papá. Agarró el pan y lo abrió con los dedos. Con un cucharón sacó un poco de la sopa que sobraba del día de ayer y “la untó” sobre el pan. Después, con otra cuchara sacó un poco de arroz y lo untó en la otra tapa del pan. Enseguida juntó ambas tapas del pan para formar una torta. Por último, envolvió la torta en un pedazo de papel que encontró, y lo metió en uno de los bolsillos del pantalón de su papá. Para cuando él se despertó, encontró su pantalón sucio por el batidillo de su hija. Su pequeña Tita estaba parada a un costado con una sonrisa diciendo *“papi, te hice el desayuno”*.

Dividido entre la risa y la ternura de la escena, solo atinó a acariciar su cabeza, a ponerse el pantalón todo sucio y a irse a trabajar. Decidido a no esperar más, se dio la media vuelta y emprendió nuevamente su camino. Pero justo cuando estaba a punto de dar el primer paso, de nuevo se escuchó aquella voz tenebrosa: *“Disculpe, señor”*.

Detuvo su paso, su respiración se agitó, su corazón empezó a latir con demasiada violencia tanto que sintió una pequeña punzada en el pecho. Entonces escuchó unos pasos venir hacia él, venían tan lentamente que el tiempo entre una pisada y otra le parecía una eternidad. Su cabeza comenzó a punzar, sintió un dolor muy agudo en el pecho. Los pasos se escuchaban cada vez más cerca, quería gritar pero la voz se le ahogaba en la garganta. Y entonces... una mano fría se posó sobre su hombro...

Esa sensación fue la última que sintió en su vida... ya no logró escuchar la voz grave de aquel tipo que le decía *“Disculpe, señor... ¿esta es su cartera?”*

YO SOLITA

Andrés Lamus Caballero

Yo solita me aprendí a mover desde las aguas de la Chicamocha hasta la marea de la Magdalena. Vengo de viaje trepando montañas de tierra seca y cactus, me acompañan las maestras de la escalada, señoras cabras más viejas que mis recuerdos.

Al atardecer, me muevo ágil entre las calles llenas de amarguras y amores, de parques y auroras, *“Que ciudad más bonita mano”* pienso, mientras me resuena el tiple en la panza.

Al río toca llegar de noche o el sol me derrite la voluntad. Saludo a la serpiente silenciosa, poderosa, que baña las calles de mi vida. *“Bendita sea la Magdalena”* saludo con cariño.

Soy bajita, menudita, pero estoy en mi destino, y vengo a cantar. Me siento poderosa y no se me arrime mucho mi amor, que tengo canciones que matan.

